

Jamaica del resto de los países latinoamericanos. Que la organización política que gobierna y es mayoritaria en el Parlamento, el Partido Nacional Popular (PNP), al que pertenece Manley, mantenga propuestas socialistas no es una casualidad. Independizada en 1962 de Inglaterra, la sociedad jamaicana está influida por los patrones liberales de su metrópoli, como así también por el protestantismo —frente al catolicismo en casi toda América Latina—, y por un contexto: el Caribe actual, que favorece las tendencias progresistas, que oscilan desde el comunismo cubano a la socialdemocracia a la latinoamericana de Venezuela. A niveles estratégicos mundiales, la zona del Caribe ya no guarda la importancia de otras épocas para USA, en tanto el canal de Panamá ha perdido valor económico y militar. Lo que sí pretenden seguir acaparando los Estados Unidos en el área son las materias primas y mercados. De ahí que no basten las buenas intenciones de Manley de llegar a un socialismo "democrático", impregnado con grandes dosis de religiosidad. Los procesos progresistas de Jamaica y Guyana pueden evolucionar hacia el socialismo o limitarse a instrumentar una modernización capitalista de las ex colonias, lo que, de llegarse sólo hasta ahí, favorecería a las multinacionales.

Y son éstas, y no solamente las del aluminio, las que vienen presionando al Departamento de Estado, al Partido Conservador jamaicano y a la rama más moderada del PNP para que Manley no siga adelante con sus proyectos de reforma agraria, formación de cooperativas en el campo, fomento a la vivienda para trabajadores, controles de precios y de evasión de capitales, y otras medidas que las perjudican. A esto se suma la intención del Gobierno de formar una "OPEP" de la bauxita, al tiempo que está adquiriendo (no expropiando) hasta el 51 por 100 de las acciones para explotar el mineral en forma conjunta con el capital extranjero. Ha sido el Fondo Monetario Internacional quien logró que el Gobierno en los últimos meses pegara un giro a la derecha a cambio de concederle un préstamo necesario para sostener su deuda externa. Como ha pasado en otros países, el imperialismo apunta sus armas y Manley tendrá que definir el rumbo a tomar. ■ MARIANO AGUIRRE.

Rezando espero

Una de las actitudes más difíciles de soportar en el prójimo

es la autohumillación. Como esa opresiva *self-pity* de Chaplin, tan en contraste con la triunfante megalomanía de Buster Keaton. Por esta razón, dudo mucho de que nadie se atreva a calificar a Salvador Dalí de artista, como no calificaría de artista a la mujer barbuda que se exhibe en un circo. Dalí es un hombre enriquecido gracias a su autohumillación, al espectáculo de su bajeza, y eso le sitúa en el terreno de otros animales autohumillados que pueden ser personajes de comedia, pero nunca autores de la misma.

Sin embargo, Dalí no siempre se exhibió bajo el disfraz de siervo pintoresco. Hubo un tiempo en que incluso estuvo a punto de ser interesante. En esa época, alrededor de 1930,

pular cuadro de Millet que representa una pareja de campesinos abandonando la labor para rezar el Angelus al oír repicar la campana de la iglesia. Naturalmente, en el cuadro no se oye la campana, sólo se ve un campanario al fondo. Tampoco sabemos lo que están pensando los labriegos: ¿rezan una oración?, ¿y qué oración?, ¿piensan lo mismo?, ¿piensan algo? Ignoramos también lo que vaya a suceder tras el rezo. Ni siquiera podemos decir que el rezo terminará algún día. La pintura, a poco que no se catalogue, continúa siendo el acertijo descomunal, la incomprensible sacralización del engaño y la bidimensionalidad.

Dalí se sitúa ante ese enigma completo y comienza a derivar más o menos psicoanalítica



"El Angelus", de Millet.

todavía experimentaba consigo mismo y no se tomaba con la faraónica seriedad de ahora. Basta ver *L'age d'or* para darse cuenta de que Dalí en aquellos años era capaz de engañar a una persona tan lúcida y astuta como Buñuel. Luego rebajó su precio.

Por aquellos años, Dalí escribió un trabajo que ahora ha editado con sumo cuidado Oscar Tusquets: *El mito trágico del "Angelus" de Millet* (1). Se trata de un texto absolutamente interesante no sólo por lo que dice, sino también por lo que permite poner en práctica. Me refiero al cultivo de la histeria (como aquella llaga que Artaud se rascaba con un punzón) o de envidiables obsesiones. En el caso de Dalí, la obsesión escrupulosamente cultivada es el po-

(1) Salvador Dalí: *El mito trágico del "Angelus" de Millet*. Tusquets Editor, 1978.

(se trata de delirar, no de analizar el delirio) que poco a poco y con sorprendente fuerza va modificando la pintura. Pronto las figuras se hacen dignatarios fúnebres custodiando el féretro del primogénito; son luego menhires enfrentados que evocan, sin transición, la memoria perdida de un coito canibal: el campesino está ahora ante la "Mantis religiosa"; la hembra, con cautela, se ha cargado de un potencial agresivo que explica el recogimiento expectante del macho. Cuando termina el Angelus, el campesino se abalanza sobre su pareja para sodomizarla, pero ella, sin darle tiempo a gozar del acoplamiento, le devora las entrañas.

Como en la mejor experiencia alucinatoria, la pintura de Millet se convierte en un objeto adecuado para ser sumergido en un cubo de leche, en gallina y sus polluelos, en batracio in-

fame, en fetiche (un perturbado, cliente de Lacan, intentó destruir el cuadro en el Louvre y fue detenido), en esas cerezas que los niños se cuelgan de la oreja. Por supuesto que las transformaciones van acompañadas de una farragosa —y no siempre correcta— literatura, pero nadie va a pedirle al autor exquisiteces literarias, como nadie le pediría a Buñuel elegancias formales. Lo esencial es que el texto permite ver el cuadro de Millet desde sugestivas perspectivas, a las que difícilmente podría accederse sin el delirio suministrado por Dalí.

Sólo en un punto Dalí ha sido ciego. El Angelus es una Anunciación, es el descenso de un ángel sobre una Virgen que concebirá un Dios. El terror y la sorpresa de la Virgen, junto al *Fiat mi* de la esclava, proporcionan componentes nada desdenables de catatonía. Que la "Mantis" devore a un ángel para concebir un Dios cambia el signo del macho.

En cualquier caso, es una lástima que se trate de Dalí. O mejor dicho, es una lástima que se trate de una persona muerta, alguien que nos dejó sus sueños antes de convertirse en una herramienta arrinconada. Gracias a un abandono patético, este ensayo permite olvidar al botarate de Figueras e imaginar que el tronco corrompido tenía raíces sanas. Y el encono sólo tiene una justificación: ante el "corpus" concluso de la pintura (que ha sido la primera entre las artes tradicionales en asumir conscientemente su desaparición), casi todos los textos sobre la visión vienen desde territorios ajenos al ojo: las *Meninas* de Foucault, el Van Gogh de Artaud, el Füssli de Starobinski, etc. No tuvimos la suerte de que Velázquez delirara ante *La tempestad*, pero es imperdonable que un buen visionario, profesionalmente atado a su ojo, decidiera morir a cambio de un plato de lentejas.

Aun así, a pesar de la obvia irritación que puede despertar la lectura de Dalí, el *Mito trágico* es una obra maestra de pedagogía. La documentación gráfica reunida por Tusquets es soberbia, y la invitación a ver el mundo como un conflicto de ortópteros, monumentos megalíticos y canibales, una de las más divertidas de la temporada. ■ FELIX DE AZUA.

Ideología y conflictos de clases

Sin duda, el mejor espejo para contemplar la actualidad, así

como las previsiones del futuro, es mucha veces la Historia. De ella se puede y debe además aprender a no volver a caer en los mismos escollos antiguos.

Pero hoy, desgraciadamente, no están de moda su estudio y difusión, salvo las socorridas Memorias personales que inundan nuestras librerías, y que debían ser leídas más críticamente, porque no es infrecuente la deformación de la realidad que éstas producen.

Barreiro, un buen especialista de la Historia, se propone en esta apretada obra —muy bien escrita— (1) un estudio de la ideología dominante en los si-

(1) J. Barreiro Somoza: *Ideología y conflictos de clases. Siglos XI-XIII*. Ed. Pico Sacro, Santiago, 1977.

glos XI-XIII, que partía de una "concepción teocrática de la vida" y daba "origen de las pretensiones del *dominium mundi* del Papado". Estos "ideales imperialistas" no sólo sonaron entonces, sino que resonaron en muchos católicos convencidos del tiempo de la Segunda República, de 1931 a 1936, y colaboraron a crear una mentalidad imperialista que nos invadió en nuestra posguerra civil, si bien con menor desprendimiento y con menos idealismo que el que había existido en su gestación años antes.

El método empleado por Barreiro tiene en cuenta el "proceso dialéctico" de la realidad y —por eso— constituye una "aproximación nueva" a la apasionante historia de aquellos

tiempos, tan mal contada hasta ahora.

En nuestros "reinos hispánicos" las controversias políticas del Papado calaron menos porque estábamos preocupados casi únicamente por nuestros problemas internos. Pero la amplia influencia que en todo el territorio de Europa ejercía el gran centro de la cristiandad quiso extenderse persistentemente a nuestro país, aunque no lo consiguió a la medida de sus deseos. No hay más que ver que la Inquisición no pudo aclimatarse en Castilla —a diferencia de lo ocurrido en el resto de Europa— por aquellos siglos. Sólo la Reina Católica lo consiguió, aunque a destiempo, porque en los vecinos países se abolió por entonces.

Parecerá a algunos que el libro de Barreiro es demasiado crítico del catolicismo y que toma partido contra él a veces, pero esto ocurre por la simple razón de que no estamos acostumbrados a un trabajo serio y auténticamente histórico, sin "parti pris", de la historia eclesiástica. Hasta ahora —y salvo excepciones como la meritoria, aunque ya anticuada, del alemán Ludovico Pastor— hemos tenido disponibles en estos años casi únicamente historias "apologeticas", no historias veraces y claramente escritas, cuya lectura apasionará en muchos momentos por su verismo y novedad.

En una primera parte analiza la génesis, desarrollo y crisis de

ADIOS A LAS LETRAS

Alternativa

Lo curioso de las palabras es que son como la grava y como la paja. Palabras como la que precede, alternativa, mantienen en vilo al que no posee otro motor que el ojo para advertir lo que hay detrás del sustantivo. Sin embargo, la frecuencia con la que se usa tal verbo le quita la frescura, la significación y la importancia. Nada es alternativo. Al contrario: lo alternativo es deuda de lo que figura como clásico.

También existe la palabra vanguardia. Valeriano Bozal ha querido desempolvar la palabra en un libro de arte escrito a dos columnas, como una hoja parroquial. Un crítico, Francisco Calvo, decidió que el texto no era el mejor de los mundos,

Eleuterio Sánchez.



y lo escribió. En mala hora. La última vez que una voz escribió el nombre soledad, cubrieron la boca del personaje millones de hormigas que quisieron acallar ese sonido.

Ocurrió lo mismo ahora. Los autores de los libros no se hallan acostumbrados en España a recibir el sobrio rocío amargo de la crítica. Se prefiere el acto dominguero, bullanguero y jugador; el golpecito en la espalda, y la enhorabuena que se queda vacía, como un paspartú, detrás de la velada en la que todo es elogio.

La alternativa es callarse. El otro día vi a Manuel Fraga Iribarne en el Congreso de los Diputados. El líder aliancista hacía la defensa de una abstención. Si usted no quiere hablar, no justifique el silencio, me dieron ganas de gritarle desde mi propio silencio, acrecentado por la lectura de Anaïs Nin, a quien es mejor leer en el escaño que en la tribuna de prensa, donde se le advierte a uno mucho mejor que el pleno parlamentario no interesa nada.

Pero Fraga Iribarne no se calla. Es como Valeriano Bozal, aunque sin el primer apellido. No le vi el gesto al político cuando se hablaba de la despenalización de la esterilización, aunque me imagino que un parlamentario de tantos tirantes, ante tamaño disparate machoético, reaccionaría con la gallardía que no cabe esperar, por ejemplo, de Laureano López Rodó, que tomaba a mi lado una coca-cola con bromuro por orden de su psiquiatra, un amigo cristiano de Gonzalo Fernández de la Mora.



Manuel Fraga.

El peligro es no hallarle alternativa al silencio. En la última Feria del Libro, que aún está abierta cuando estas líneas ven la luz, se advierte de nuevo que el silencio chirría entre nosotros. A la crisis de las editoriales se suma la crisis del vocabulario. Si en una caseta El Lute espera que venga Umbral a buscar entre los papeles para hallar la nueva definición de este mes y estamparla sobre la boca de las adolescentes, en otra está Günter Grass esperando que las moscas del lugar le abandonen la mano con la que firma, impávido, los ejemplares eternos de su tambor de hojalata.

La Feria es brava y añeja, porque existe para todos. Gracias a la Feria, uno escucha los lobos de Martín Descalzo o se horroriza ante las colas simbólicas que esperan la resurrección

de Franco, anunciada por su apóstol, el Vizcaino Casas. Junto a Fuerza Nueva, amigos antiguos de la tierra carcelaria como Ferrés o como el propio Lute certifican sus ejemplares, en un ambiente de camaradería que es la alternativa que se le ofrece al pasado y que es también la alternativa que se ofrece al otro lado del presente, donde los mismos ultraderechistas que mantienen su "stand" libresco usan la empuñadura de la bandera o cualquier lomo metálico de un libro no abierto para abrírle la cabeza a aquel que, como alternativa, se niega a levantar la mano abierta hacia el sol, como si no fuera la lluvia lo que cada año acoge la Feria libresco de Madrid. El Retiro está lleno de alternativas y, a veces, está lleno de hostias.

■ SILVESTRE CODAC.